

para sublevar á los antiguos aliados: que su objeto principal era apoderarse de Lilíbea, y que probablemente la tempestad que les había dispersado habría arrojado aquella flota hacia las islas Egatas. Inmediatamente transmitió esta noticia el rey al pretor M. Emilio, que mandaba en la provincia de Sicilia, recomendándole que colocase en Lilíbea fuerte guarnición. Á continuación envió el pretor á las ciudades inmediatas legados y tribunos para ordenar á los habitantes que vigilaran atentamente, y sobre todo para poner á Lilíbea en estado de defensa. Además de estos preparativos, publicóse un edicto disponiendo que las tripulaciones preparasen víveres para diez días y los trasladasen á las naves; que á la primera señal se embarcarían todos inmediatamente y que los habitantes de la costa acecharían por medio de vigías la aproximación del enemigo. De esta manera, aunque los cartagineses habían retrasado de intento la marcha de sus naves para llegar á Lilíbea antes de amanecer, no sorprendió su llegada, porque iluminaba mucho la luna y navegaban con las velas desplegadas. Inmediatamente dieron la señal los vigías, gritóse ¡á las armas! en la ciudad y se corrió á las naves. Una parte de los soldados quedaron en las murallas y en las puertas, y el resto pasó á la flota. Viendo los cartagineses que no podían contar con una sorpresa, se mantuvieron hasta que amaneció fuera del puerto, empleando el tiempo en plegar las velas y prepararse al combate. En cuanto amaneció, ganaron la mar, con objeto de tener más espacio para la batalla y para que la flota enemiga pudiese salir del puerto. No rehusaron el combate los romanos, animados á la vez por el recuerdo de la gloria conquistada en aquellos parajes y por el número y valor de sus soldados.

En cuanto se encontraron en alta mar los romanos, trataron de venir á las manos y pelear de cerca con el

enemigo: los cartagineses, por el contrario, evitaban la pelea, prefiriendo combatir por arte á combatir por fuerza, con las naves y no con los soldados y las armas: porque su flota, abundante en tripulación, estaba muy escasa en soldados, y en un abordaje hubiesen opuesto número muy inferior de combatientes. Reconocido esto, alentó á los romanos su mayor número y desalentó su debilidad á los cartagineses. En un momento quedaron envueltas siete naves enemigas, huyendo las demás. En las siete naves hicieron mil setecientos prisioneros, soldados y marineros, y entre ellos tres nobles cartagineses. La flota romana entró en el puerto sin otra avería que una nave perforada, que llevaron á remolque. Después de este combate y antes de que la noticia llegase á Mesina, arribó á esta ciudad el cónsul T. Sempronio. A su llegada al estrecho salió á recibirle el rey Hierón con una flota bien equipada, y pasando de su nave á la del cónsul, le felicitó por haber arribado sin contratiempo con su flota y su ejército, le deseó feliz travesía para la Sicilia, y después de exponerle el estado de la isla y las tentativas de los cartagineses, le prometió servir á los romanos en su ancianidad con tanto celo como mostró siendo joven, en la guerra anterior. Suministró gratuitamente trigo y ropas á las legiones del cónsul y á las tripulaciones, y advirtió además que Lilíbea y las demás ciudades marítimas estaban muy amenazadas y que algunos ánimos se inclinaban á un cambio. Ante esta noticia creyó el cónsul que era necesario navegar sin retraso hacia Lilíbea; el rey y su flota partieron con él, y en seguida supieron en el mar el combate de Lilíbea, la derrota del enemigo y la captura de sus naves.

En Lilíbea, habiendo despedido el cónsul á Hierón con la flota real y dejado un pretor para que defendiese la costa de Sicilia, se dirigió á la isla de Malta, ocupa-

da entonces por los cartagineses. A su llegada le entregaron á Hamílcar, hijo de Gisgón, que mandaba las tropas, con cerca de dos mil hombres, la plaza y toda la isla. Pocos días después, regresaron á Lilibea, y el cónsul, así como el pretor, vendió en subasta los cautivos, exceptuando los nobles. Cuando creyó el cónsul que había guarnecido suficientemente la Sicilia por aquel lado, se dirigió á la isla de Vulcano, habiendo corrido el rumor de que se encontraba allí la flota cartaginesa; pero no halló en aquellos parajes enemigo alguno, porque habían marchado á talar las costas de Italia, habiendo llevado ya la alarma á Roma la devastación del territorio de Vibona. Volvía á Sicilia el cónsul, cuando se enteró del desembarco del enemigo en el territorio de Vibona y recibió cartas del Senado, informándole de la entrada de Aníbal en Italia y mandándole que acudiese en el acto á socorrer á su colega. Vacilando entre tantas inquietudes, hizo primeramente embarcar á su ejército enviándole á Arminio por el mar superior; dió en seguida á su legado S. Pompinio veinticinco naves largas para que protegiese el territorio de Vibona por el lado de Italia, y dejó al pretor M. Emilio una flota de veinticinco naves. En cuanto colocó la Sicilia en buen estado, marchó á Rímíni, costeando la Italia. Desde allí se puso en marcha con su ejército hacia el Trevia y se reunió con su colega.

La reunión de los dos cónsules y de todas las fuerzas romanas contra Aníbal, decía elocuentemente que ó podría defenderse Roma con tales medios ó había que renunciar á toda esperanza. Uno de los cónsules, intimidado por su combate de caballería y por su herida, quería llevar despacio la guerra; el otro, poseído de ardimiento, y por tanto más atrevido, no admitía ninguna dilación. Todo el territorio que se extiende entre el Trevia y el Pó lo ocupaban entonces los galos, quie-

nes en aquella lucha de dos grandes pueblos; procuraban sin duda alguna por medio de ambigua conducta captarse la benevolencia del vencedor. Los romanos soportaban con paciencia aquella conducta, con tal de que permaneciesen tranquilos; pero Aníbal estaba muy irritado, diciendo que los mismos galos le habían instado para que fuese á libertarlos. Para satisfacer su cólera y para alimentar al ejército con el pillaje, envió dos mil infantes y mil caballos, casi todos nómadas, y con ellos algunos galos para que devastasen todo el territorio hasta el Pó. Desprovistos de medios de resistencia los galos, que hasta entonces habían permanecido indecisos, impulsados por los que les maltrataban, se volvieron hacia los que habían de vengarles, y enviaron legados al cónsul, para pedir los socorros de Roma en favor de un pueblo que era víctima de su fidelidad hacia ella. No encontraba Cornelio favorables el motivo ni las circunstancias para intentar un combate; los galos le eran sospechosos por sus numerosas traiciones, y especialmente, aunque el tiempo hubiese hecho olvidar todas las otras, por la reciente perfidia de los boyos. Sempronio, por el contrario, creía que la protección que se concediese á los primeros, que la necesitaban, sería el lazo más fuerte para mantener á los aliados en su deber. Vacilando todavía su colega, destacó su caballería con mil infantes, casi todos arqueros, y les hizo pasar al otro lado del Trevia para defender el territorio de los galos. Estas fuerzas, habiendo sorprendido de improviso á los soldados de Aníbal dispersos, en desorden, la mayor parte cargados de botín, difundió entre ellos el terror y la muerte, y les llevó huyendo hasta su campamento y á los primeros puestos: rechazadas un instante por una salida muy numerosa, gracias á algunos refuerzos, restablecieron el combate. La acción tuvo en seguida peripecias muy varias; pero aunque al fin que-

dase igual por ambas partes, se atribuyó la victoria a los romanos más que á los enemigos.

Por lo demás, este triunfo á nadie pareció tan importante y cierto como al cónsul; su regocijo era extremado al verse vencedor en un genero de combate en que había sido vencido su colega. «Había asegurado y levantado el ánimo de los soldados, decía; solamente su colega quería diferir la batalla; más enfermo de espíritu que de cuerpo, el recuerdo de su herida le inspiraba horror por las armas y el combate. Pero no debían quedar inactivos por un enfermo. ¿A qué diferir y perder más tiempo? ¿Se esperaba otro cónsul, otro ejército? Los cartagineses acampaban en Italia casi á la vista de Roma. Sus armas no querían reconquistar la Sicilia y la Cerdeña, arrebatadas á sus padres; tampoco pretendían la España de aquende el Ebro; intentaban arrojar á los romanos del suelo paterno, de la tierra natal. ¡Cuánto gemirían nuestros padres, ellos que llevaban la guerra bajo los muros de Cartago, si nos vieran á nosotros con dos cónsules y dos ejércitos consulares temblando en nuestro campamento, en medio de la Italia; si viesen á los cartagineses dueños de todo el país que se extiende entre los Alpes y el Apenino!» Tales eran los discursos que pronunciaba en forma de arenga junto al lecho de su colega y hasta en el pretorio. Impulsábale además la proximidad de los comicios, que podían encomendar la dirección de la guerra á otros cónsules, y el deseo de apropiarse toda la gloria del triunfo durante la enfermedad de su colega. En vano se oponía Cornelio; su compañero mandó á los soldados que estuviesen dispuestos para el combate. Considerando Aníbal lo que convenía más al enemigo, no se atrevía á contar con una imprudencia ó temeridad de los cónsules. Pero como la fama y la experiencia le habían demostrado que uno de ellos era fogoso y al-

tivo, y suponía que la altivez habría aumentado por el triunfo conseguido sobre sus merodeadores, no desesperaba de la ventaja de un combate próximo. Por esto cifró todos sus cuidados y toda su vigilancia en no dejar escapar la ocasión, mientras los soldados enemigos eran todavía bisonños, que el mejor de sus generales estaba reducido á la inacción por su herida, y cuando podía contar con el ardimiento de los galos, de cuyo mayor número sabía le seguirían con menos repugnancia á medida que les alejase de su patria. Como todos estos motivos le hacían esperar próximo combate que deseaba provocar en caso de que tardase, y como los espías galos, tanto más seguros para aquel oficio, cuanto que aquel pueblo servía en uno y otro ejército, le habían comunicado que el ejército romano se preparaba para la batalla, el cartaginés buscó en el terreno paraje apropiado para una emboscada.

Corría entre los dos ejércitos un arroyo cuyas altas orillas estaban cubiertas de hierbas pantanosas, de malezas y matorrales, como de ordinario lo están los terrenos incultos. Habiendo reconocido personalmente Aníbal aquel paraje y encontrándole bastante cubierto para ocultar hasta caballería: «He aquí tu puesto, dijo á su hermano Magón. Elige cien hombres de infantería y otros ciento de caballería y vas á buscarme con ellos en la primera vigilia. Ahora es necesario comer y descansar.» En seguida disolvió el consejo. Pronto se le presentó Magón con su tropa escogida: «Todos sois guerreros valientes, dijo Aníbal; mas para que seáis tan fuertes por el número como por el valor, que cada uno elija entre los jinetes y los infantes nueve compañeros tan valientes como él. Magón os enseñara el punto que habéis de ocupar. Combatiréis con un enemigo que no conoce estas astucias de guerra.» Después de despedir á Magón con mil infantes y mil caballos, al

amanecer mandó Aníbal á la caballería nómida que pasase el Trevia, que se presentase en las puertas del campamento, que hostigasen las guardias avanzadas para atraer al enemigo al combate, y cuando estuviese trabada la acción, que se retirasen poco á poco para atraerles al lado acá del río. Tales fueron las instrucciones que dió á los nómidas; los demás jefes de infantería y caballería recibieron orden de hacer comer á sus tropas, que en seguida con las armas en la mano y ensillados los caballos, debían esperar la señal. A la primera alarma de los nómidas, impaciente Sempronio por pelear, manda avanzar primeramente á la caballería, de la que tan orgulloso estaba, después seis mil infantes y en seguida todas sus fuerzas, según su proyecto meditado de antemano. El tiempo era brumoso y estaba nevando, cosa bastante común en el país situado entre los Alpes y el Apenino, enfriado además por la proximidad de los ríos y de los pantanos. Además, los hombres y los caballos habían salido precipitadamente, sin haber comido y sin haber tomado precaución alguna contra el frío, por lo que se encontraban completamente desprovistos de calor, y cuanto más se acercaban al río, el frío era más intenso. Cuando penetraron en el agua, en persecución de los nómidas, aumentado el caudal por la lluvia de la noche anterior, les llegaba hasta el pecho, quedando de tal manera entumidos sus miembros al salir del río, que apenas podían sostener las armas; y más aún porque estando en ayunas á hora bastante avanzada del día, se encontraban extenuados por el hambre.

Entretanto los soldados de Aníbal, habiendo encendido hogueras delante de sus tiendas, dado elasticidad á sus miembros frotándolos con aceite, distribuidos por manípulos y habiendo comido tranquilamente, á la noticia del paso del río por el enemigo, empuñan las armas,

con ánimo y cuerpo bien dispuestos y se forman en batalla. Aníbal coloca al frente los baleares y sus tropas ligeras, formando en todo unos ocho mil hombres; en seguida su infantería, pesadamente armada, es decir, sus mejores soldados; en las alas coloca sus diez mil caballos, y delante de cada una de éstas forma los elefantes. Viendo el cónsul á sus jinetes que corren en persecución de los nómidas, rechazados de pronto por éstos que han vuelto caras, manda tocar retirada, los reúne y coloca en derredor de la infantería. Constaba su ejército de diez y ocho mil romanos; veinte mil, tanto aliados como del nombre latino, y un cuerpo auxiliar de cenomanos, único pueblo galo que había permanecido fiel. Con estas fuerzas libró la batalla. Comenzaron el combate los baleares; pero como las legiones les oponían resistencia demasiado fuerte, aquellas tropas ligeras marcharon en seguida á las alas, lo que hizo que la caballería romana se viese agobiada en el acto; porque cuatro mil hombres, fatigados ya, que apenas resistían á diez mil jinetes, en gran parte de tropas frescas, se encontraron además envueltos por la granizada de venablos que los baleares lanzaban sobre ellos. Además, rebasando los elefantes los extremos de las alas, asustaron especialmente á los caballos, á la vez por su aspecto y extraño olor, extendiendo á lo lejos la derrota. La lucha de las dos infanterías fué igual por el valor más bien que por la fuerza: los cartagineses habían ido al combate perfectamente alimentados, mientras que los romanos estaban debilitados por el hambre y el cansancio y paralizados por el frío. Sin embargo, hubiesen resistido solamente con su valor si no hubieran tenido que habérselas más que con infantería. Pero los baleares, después de dispersar á la caballería, acribillaban sus flancos con venablos y los elefantes se habían lanzado ya sobre el centro. En fin, Magón y sus nómidas,

en cuanto el ejército, que nada sospechaba, hubo rebasado su emboscada, le atacó por retaguardia, difundiendo en sus filas el espanto y el terror. En medio de tantos peligros, que por todas partes les estrechaban, los romanos resistieron durante algún tiempo, hasta contra los elefantes, lo cual no era de esperar. Vélites (1), colocados con este fin, lanzan sus venablos contra aquellos animales, les hacen volver grupas, y lanzándose en su persecución, les pinchan en la cola, en el sitio donde siendo más blanda la piel, es por lo mismo más vulnerable.

Dominados por el espanto iban á lanzarse ya sobre los mismos cartagineses, cuando Aníbal mando llevarles del centro á los extremos y colocarles en el ala izquierda, enfrente de los galos auxiliares, cuya derrota fué rápida y evidente. El terror de los romanos aumentó al ver huir á sus auxiliares. Obligados á hacer frente por todos lados unos diez mil hombres, los únicos que no habían sido desbaratados, se abrieron sangriento paso á través del centro de los africanos reforzados por los galos, y como el río les cerraba el camino del campamento, y la lluvia les impedía ver adónde habían de acudir en socorro, marcharon derechamente á Placencia. La multitud buscó su salvación por uno y otro lado. Los que llegaron al río quedaron sepultados en sus aguas ó fueron sorprendidos por el enemigo en su vacilación. Los que se dispersaron por los campos, llegaron á Placencia siguiendo las huellas del ejército que se retiraba; otros, por temor de los enemigos, tuvieron valor para arrojarse al río y llegaron felizmente al campamento. Lluvia mezclada de nieve y el extraordinario rigor del frío hicieron perecer á muchos hombres

(1) Soldados armados con venablos á la manera de los vélites, que no existían aún y que fueron creados, algunos años después, en el sitio de Capua.

y bestias de carga y á casi todos los elefantes. El Trevia detuvo la persecución de los cartagineses, que regresaron á su campamento de tal manera dominados por el frío, que apenas experimentaban la alegría de la victoria. Así, pues, á la siguiente noche, cuando las guardias del campamento y los restos del ejército romano pasaron el Trevia sobre almadías, los cartagineses no lo observaron, á causa del ruido de la lluvia; ó bien imposibilitados de moverse por el cansancio y las heridas, fingieron no ver nada. No haciendo ningún movimiento el enemigo, Escipión llevó sus fuerzas en silenciosa marcha hasta Placencia, y desde allí, cruzando el Pó, pasó á Cremona para que la invernada de dos ejércitos no pesase sobre una sola colonia.

Tan grande fué el terror que produjo en Roma esta derrota, que creían ver ya al pie de las murallas las enseñas enemigas, sin tener esperanza ni medios de rechazar el ataque. Habiendo sido vencido un cónsul cerca del Tesino y llamado el otro de Sicilia, y estando deshechos los dos ejércitos consulares, ¿qué generales, qué legiones podían llamar en su socorro? En medio de esta consternación llegó Sempronio: acababa de escapar de un gran peligro, habiendo pasado entre los jinetes enemigos, desparramados para saquear, por temeridad antes que por prudencia y esperando burlar al enemigo ó resistirle si se veía descubierto. Celebró los comicios consulares, que era lo que más deseaban en aquel momento, y regresó á sus cuarteles de invierno. Fueron nombrados cónsules Cn. Servilio y C. Flaminio. Los romanos no se encontraban tranquilos en sus cantones á causa de las continuas correrías de los jinetes nómadas, ó de los celtibéricos y lusitanos cuando el terreno detenía á los primeros. Por este medio les interceptaban todos los convoyes, exceptuando los que llegaban en barcas por el Pó. Había cerca de Placencia un mercado

fortificado cuidadosamente y defendido por fuerte guarnición. Esperando tomarlo, se dirigió á él Aníbal con la caballería y las tropas ligeras, y como hacía consistir principalmente en el secreto el resultado de su empresa, atacó de noche, pero no pudo engañar á los centinelas. Los gritos de alarma fueron tan violentos que se oyeron en Placencia; así fué que, al amanecer, llegó el cónsul con la caballería, después de mandar á las legiones que le siguiesen formando el cuadro. Tratóse un combate de caballería, en el que, habiéndose retirado Aníbal á consecuencia de una herida, se apoderó el terror de los enemigos y la guarnición se defendió valerosamente.

Después de algunos días de descanso y apenas curada la herida, se puso en marcha Aníbal para sitiar á Victumvia. Este era un mercado que fortificaron los romanos durante la guerra con los galos: desde esta época se había establecido allí numerosa mezcla de gentes vecinas, y ahora el temor del pillaje había reunido en aquel punto á casi toda la población de los campos. Toda esta multitud, enardecida con el relato de la valerosa defensa del puesto inmediato á Placencia, empuñó las armas y salió al encuentro de Aníbal. Bandas más bien que ejército se presentaron al combate en el camino; y como de una parte se encontraba una multitud desordenada y de la otra un general y soldados sostenidos por mutua confianza, cerca de treinta y cinco mil hombres fueron dispersados por muy pocos enemigos. Á la mañana siguiente se rindió la plaza y recibió guarnición. Después, cuando á la primera intimación entregaron las armas los vencidos, dióse la señal de saquear la ciudad como si la hubiesen tomado por asalto. No faltó allí ninguno de los horrores que abundan en los relatos de tales desastres; tanto se ensañaron contra los desgraciados vencidos la barba-

rie y arrogancia más feroces. Estas fueron las expediciones de Aníbal durante el invierno.

Mientras fueron insoportables los fríos, dió descanso á los soldados; y á las primeras señales de primavera, aunque inciertas aún, dejando los cuarteles de invierno, llevó su ejército á la Etruria para atraerse este país, como había hecho con los galos y ligurios, por la fuerza ó de buen grado. Al pasar el Apenino le sorprendió tempestad tan furiosa, que sobrepujó todos los horrores de los Alpes. Lluvia y ventisca que les azotaba el rostro, les obligó primeramente á detenerse, so pena de dejar las armas ó de que les derribase y arrastrase el torbellino si se empeñaban en luchar con la tempestad. Como tenían cortada la respiración y hasta completamente detenida, se sentaron de espaldas al viento. De pronto resonaron formidables truenos y los relámpagos brillaban á través de aquel espantoso fragor. Impresionados al mismo tiempo los oídos y los ojos, los cartagineses estaban inmóviles, sobrecogidos de miedo. Al fin cesó la lluvia; pero redoblando la fuerza del viento, vieron obligados á acampar en el sitio mismo en que les había sorprendido la tempestad. Entonces comenzaron de nuevo sus fatigas; porque ó no podían desplegar y clavar las tiendas, ó no resistían las que desplegaban, rasgándolas y arrebatándolas el viento. Helada el agua en las cumbres y levantándola el aire, cayo como nieve tan apretada y espesa, que renunciando á todo, los hombres se dejaron caer al suelo sepultados más bien que abrigados bajo sus vestidos. Á la nieve siguió frío tan intenso, que cuando aquellos desgraciados, tanto hombres como animales, tendidos en el suelo, quisieron levantarse, ninguno pudo hacerlo en mucho tiempo, porque estando rígidos sus nervios, no podían mover las articulaciones. En fin, cuando á fuerza de agitarse recobraron el movimiento y el ánimo y hubieron encendido

hogueras de trecho en trecho, cada hombre, demasiado débil por sí mismo, tuvo que recurrir á su compañero. Dos días pasaron en aquel punto como sitiados, pereciendo muchos hombres, caballos y siete elefantes que habían sobrevivido á la batalla del Trevia (1).

Mientras en Italia ocurrían estos acontecimientos, Cn. Cornelio, enviado á España con una flota y un ejército, partió de las bocas del Ródano, rodeó los montes Pirineos y abordó á Emporias. Después, habiendo desembarcado allí sus tropas, y comenzando por los lacetanos, sometió á los romanos toda la costa hasta el Ebro, ajustando ó renovando alianzas. En poco tiempo conquistó tal reputación de clemencia que le alcanzó el favor no solamente de los pueblos marítimos, sino que también en el interior de las tierras y las montañas, en naciones mucho más independientes. Supo ajustar con esta paz y alianza armada y obtuvo algunas cohortes auxiliares. Hannón mandaba aquende el Ebro, habiéndole dejado Aníbal la custodia de este país. Comprendiendo que era necesario detener al enemigo antes de que se atrajese toda la comarca, marchó á acampar al frente de los romanos y les presentó batalla. Escipión cuidó mucho de aceptarla, porque sabía que muy pronto tendría que habérselas con Hannón y Asdrúbal, y prefería combatirles separadamente que á los dos juntos. No se disputó seriamente la victoria. El enemigo perdió seis mil muertos y dos mil prisioneros y además la guardia de su campamento; porque el campamento cayó también en poder de los romanos y en él el general y algunos jefes principales. También se apoderó de Escissis, plaza inmediata, cuyo botín no tuvo mucha importancia; algunos muebles toscos y miserables es-

(1) Según Polibio, perecieron todos en la batalla del Trevia, exceptuando uno solo, en el que Aníbal pasó los pantanos de la Etruria.

clavos. Pero el campamento enriqueció al soldado, porque contenía casi todos los efectos preciosos del ejército vencido, y también del que hacía la guerra en Italia con Aníbal, que para que no le estorbasen en su marcha, les dejó al otro lado del Pirineo.

Antes de tener noticia cierta de esta derrota, Asdrúbal había pasado el Ebro con ocho mil infantes y mil caballos, con el propósito de salir al encuentro de los romanos á su llegada; pero cuando se enteró del desastre de Escissis y la captura del campamento, volvió hacia el mar. Habiendo encontrado cerca de Tarragona los marineros y soldados de la flota que suministraban los aliados, que corrían dispersos por los campos, por efecto de la negligencia que ordinariamente trae consigo el triunfo, lanzó contra ellos su caballería, que mató considerable número, llevando á los demás en desorden hasta sus naves. Sin embargo, no atreviéndose á permanecer más tiempo, por temor de que le sorprendiese Escipión, se retiró al otro lado del Ebro. Escipión por su parte, habiendo acelerado su marcha por el rumor de la presencia de aquel nuevo enemigo, castigó á algunos prefectos de la flota, dejó corta guarnición en Tarragona y regresó á Emporias con las naves. En cuanto se alejó, volvió á presentarse Asdrúbal, se apoderó de Hergetum, que había dado rehenes á Escipión, y con sus jóvenes devastó las tierras de los aliados que habían permanecido fieles al pueblo romano. Escipión había salido de sus cuarteles de invierno y evacuó de nuevo todo el territorio aquende el Ebro. Arrojándose en seguida con su ejército sobre los ilergetos abandonados por el autor de su defección y encerrándolos á todos en Athanagia, su capital, puso sitio á esta ciudad, y pocos días después se le rindió á discreción este pueblo, al que pidió más rehenes que la primera vez, imponiéndole además una contribución. Desde allí entró en el

territorio de los ausetanos, vecinos del Ebro, aliados de los cartagineses. Mientras sitiaba la ciudad, habiendo querido los lacetanos auxiliar á sus vecinos durante la noche, al penetrar en la plaza cayeron en una emboscada que les había preparado Escipión. Matáronles cerca de doce mil hombres, y los restantes, casi todos desarmados, llegaron á sus casas á la desbandada por medio de los campos. Los sitiados no tenían más defensa que el invierno que contrariaba á los sitiadores. El sitio duró treinta días, teniendo casi cuatro pies de nieve, que de tal manera había cubierto los cuarteles y máquinas de los romanos, que bastó para protegerles de los fuegos que algunas veces lanzaba el enemigo. Al fin, habiéndose refugiado su jefe Amúsito al lado de Asdrúbal, consiguieron capitulación mediante veinte talentos de plata. Los romanos invernaron en Tarragona.

Muchos prodigios ocurrieron en Roma y sus inmediaciones durante el invierno; ó al menos, como sucede siempre que los ánimos están inclinados á la superstición, se refirieron muchísimos en los que se creyó con harta ligereza. Un niño de seis meses, nacido de condición libre, había gritado triunfo en el Foro olitorio (1); en el Foro boario (2), un buey había subido espontáneamente hasta un piso tercero, desde donde se precipitó en seguida, asustado por los gritos de los habitantes de la casa; en el cielo habían brillado imágenes de naves. En el templo de la Esperanza, que está en el Foro olitorio, había caído un rayo. En Lanuvio se había agitado la lanza de Juno (3). Un cuervo había

(1) Mercado de las hierbas.

(2) Mercado de los bueyes.

(3) Créese que esta es la lanza de Juno Lanuviana ó Sospita. En las medallas de la familia Proclia se representa á Juno con cuernos y lanza. Cicerón (*De natur. deor.*) coloca entre los atributos de Juno una piel de cabra, una lanza y un escudo pequeño.

bajado al templo de la diosa, posándose sobre el mismo altar. En el campo de Amiterno habíanse visto desde lejos en diferentes puntos fantasmas humanos vestidos de blanco, á los que nadie había podido acercarse. Habían llovido piedras en el Picentino. En Cerea se habían apequeñado las suertes (1). En la Galia, un lobo había sacado de la vaina la espada de un centinela y se la había llevado. Los decenviros recibieron orden de consultar los libros sibilinos en cuanto á la mayor parte de estos prodigios. Por la lluvia de piedras del Picentino se decretaron nueve días de sacrificios. Además, toda la ciudad se ocupó de ceremonias expiatorias. Primeramente se celebraron lustraciones de todos los barrios de Roma y se sacrificaron víctimas mayores á los dioses que se designaron. Llevóse al templo de Juno, en Lanuvio, una ofrenda de cuatro libras de oro; las señoras romanas consagraron á esta diosa una estatua de bronce en la cumbre del Aventino. Se ordenó un lectisterno en Cerea, donde las suertes se habían apequeñado; rogativas públicas á la Fortuna en el mon-

(1) Estas suertes eran de ordinario piececitas de madera redondas, cuadradas ó cúbicas, en las que había trazados caracteres; mezclábanlas en una urna y las sacaba un niño. Toda disminución era mal agüero para los antiguos; y el efecto contrario ocasionaba presagio diferente. Por esta razón, las cuadrigas de arcilla, destinadas al templo de Júpiter Capitolino, habiéndose desarrollado mucho en el horno donde las preparaban, presagiaron á Roma dichosos destinos. Refiere Plinio que un pan que cocían para Perdiccas, cuando guardaba los rebaños del rey de Macedonia, habiendo crecido el doble en el horno, fué agüero de su reinado.

La ciudad de Cerea era muy venerada de los romanos desde la invasión de los galos; en ella se refugiaron el flamin Quirinal, las vestales, todo el sacerdocio, y el culto de Roma; sin embargo, nunca pudo conseguir ni el derecho de ciudad ni el de sufragio. Decíase en Roma de aquellos á quienes los censores privaban del derecho de emitir ó recibir sufragios, que quedaban inscritos en las tablas de los habitantes de Cerea.

te Alguido; en Roma se ordenó también un lectisterno á la Juventud, rogativas, especialmente en el templo de Hércules, y otras generales alrededor de todos los altares. Inmoláronse al genio de Roma cinco víctimas mayores, y el pretor C. Atilio Serrano recibió orden de hacer votos, para el caso en que durante diez años se mantuviese en el mismo estado la república. Estas expiaciones y estos votos, conformes con lo que mandaban los libros sibilinos, calmaron mucho los terrores religiosos.

Flaminio, uno de los cónsules designados, á quien tocaron en suerte las legiones acantonadas en Placencia, envió al cónsul una carta y un edicto, para que en los idus de Marzo se encontrase su ejército acampado en Arimino. Era su proyecto tomar posesión del consulado en esta provincia, porque recordaba las discusiones que había tenido con el Senado, siendo tribuno del pueblo (1), y después en su consulado, primeramente por la abrogación de su título de cónsul y después con ocasión de su triunfo. También le querían mal los senadores á causa de una nueva ley que Q. Claudio, tribuno del pueblo, había presentado contra el Senado, siendo Flaminio el único senador que la defendió; ley por la que se prohibía á todo senador ó padre de senador poseer una nave marítima de mayor cabida de tres-

(1) Siendo tribuno, presentó al pueblo, á pesar de la oposición del Senado, una proposición de ley para la distribución de las tierras de la Galia Cisalpina y del Piceno. Siendo cónsul, se puso en oposición con el senado por la abrogación de su consulado, y en seguida por su triunfo. Dice Plutarco, que habiendo declarado los augures irregular la creación de los cónsules, que habían partido ya contra los insubrios, el senado les envió inmediatamente cartas, llamándoles á Roma y mandándoles que dimitiesen el cargo, sin realizar ningún acto de autoridad de la que no estaban regularmente investidos. Flaminio derrotó primeramente á los enemigos y abrió después las cartas. Por esta razón se le negó el triunfo cuando regresó victorioso y cargado de inmenso botín.

cientas ánforas. Esta capacidad pareció bastante para transportar los frutos de los campos (1); considerándose indigna del senador toda especulación. Debatida acaloradamente la cuestión, promovió contra Flaminio, partidario de aquella ley, el odio de la nobleza, pero le atrajo el favor del pueblo y por consecuencia el segundo consulado. Por este motivo, persuadido de que recurrirían á los falsos auspicios (2), á las ferias latinas y otros entorpecimientos consulares para retenerle en Roma, pretextando un viaje, marchó furtivamente á su provincia, no siendo hasta entonces más que un particular. Cuando se divulgó el hecho aumentó considerablemente contra él la animosidad de los senadores, que ya estaban muy irritados. «No solamente al Senado, sino á los mismos dioses hacía la guerra Flaminio. Nombrado anteriormente cónsul bajo sospechosos auspicios, había desobedecido á los dioses y á los hombres que le llamaban del ejército. Y ahora, con plena conciencia de su impiedad, había huído del Capitolio (3) y de los votos solemnes, para no entrar el día de su instalación en el templo de Júpiter Óptimo Máxi-

(1) Después de la primera guerra púnica, los senadores habían comprado propiedades en Sicilia, Cerdeña y Córcega, y, so pretexto del transporte de los frutos que recogían, se dedicaban á operaciones de comercio, que Claudio consideraba indignas de su rango. Para evitar esto, presentó la ley *ne quis senator*, etc., que Flaminio solo apoyó en el Senado.

(2) Los auspicios eran un arma política en manos de los patricios, de la que usaban y abusaban. No eran raros los casos de falsos auspicios, porque los escritores emplean con mucha frecuencia esta palabra.

(3) Al entrar en cargo, el cónsul recibía en su casa el *oficium*, es decir, el saludo del Senado y del pueblo, que en seguida le llevaban al Capitolio, á lo que se llamaba *processus consularis*. Allí pronunciaba los votos según los ritos, é inmolaba un buey á Júpiter. Después de tomar los auspicios de su dignidad en presencia del Senado reunido, le consultaba acerca de las cere-

mo, para no tener que consultar al Senado, al que era odioso y al que él solamente odiaba, para no presidir las ferias latinas, no ofrecer en el monte Albano el sacrificio á Júpiter Lacial, no subir al Capitolio con el reconocimiento de los auspicios, para pronunciar los votos solemnes y para no ir á su provincia vestido con el manto consular y seguido de los lictores. Como un criado, sin insignias ni lictores, había partido furtivamente, como si saliese de su país para el destierro. Sin duda sería más digno de la majestad del mando entrar en cargo en Arimino que en Roma y tomar la pretexto en una posada (*diversorio hospitali*) (1) que en medio de sus penates. En vista de esto, todos opinaron llamarle, obligarle á regresar y hacerle cumplir públicamente todos sus deberes para con los dioses y los hombres, antes de marchar al ejército y su provincia. Encargados de esta misión Q. Terencio y M. Antiscio (porque se creyó conveniente enviarle legados), no le decidieron, como no le habían decidido las cartas del Senado en la época de su primer consulado. Pocos días después tomó posesión de la magistratura, y la víctima que ofreció, habiéndose escapado después del primer golpe (2) de ma-

monias, de las ferias latinas y de los asuntos de la república: en seguida juraba observar las leyes. Terminadas todas estas cosas, celebraba las ferias latinas y hacia el sacrificio solemne á Júpiter Lacial.

(1) Llamábanse así las casas construidas al lado de los caminos, en las que se detenían los viajeros, ora perteneciesen á particulares que hospedaban á sus amigos, ora estuviesen destinadas á aposentar viajeros.

(2) La víctima la llevaban al altar ministros llamados *popæ*, que marchaban con las ropas levantadas y estaban desnudos hasta la cintura. La cuerda con que sujetaban al animal debía ir floja, para que no pareciese que lo llevaban con violencia, lo cual habría sido de mal agüero. Por la misma razón se le dejaba libre delante del altar, considerándose siempre su fuga como si nuestro presagio.

nos de los sacrificadores, manchó de sangre á casi todos los espectadores. La fuga y el tumulto fueron grandísimos, especialmente entre los que ignoraban la causa del desorden; considerándose generalmente este lance como espantoso presagio. En seguida, habiendo recibido dos legiones de Sempronio, cónsul el año anterior, y otras dos del pretor C. Atilio, penetró en el sendero del Apenino, para llevar el ejército á Etruria.

FIN DEL LIBRO XXI.